



Carlos Valenzuela Solís de Ovando

El Barrabás Meneses

Después de que el pueblo de Concepción depusiera al entonces gobernador don Antonio de Acuña y Cabrera, la Corona se vio en duros aprietos para designar un nuevo mandatario en esta lejana colonia que tantos gastos le significaba y tan poco le producía.

El primer reemplazante, nombrado por el Conde de Alba de Liste, virrey del Perú, fue el almirante don Pedro Porter Casanate, quien después de tratar de enfrentarse con el desastroso estado de la guerra de Arauco, falleció en Concepción el 27 de enero de 1662, dejando de nuevo el caos en el país.

Asumió entonces el maestro de campo Diego González Montero, quien había tenido una actuación sobresaliente en las acciones de Arauco, especialmente durante los ataques del Toqui Pelantaru. Poco estuvo en el cargo, sólo tres meses en forma interina, por una simple razón: ¡porque era criollo y no español venido de la península!

El nuevo virrey del Perú, don Diego de Benavides y de la Cueva, Conde de Santiesteban del Puerto, otorgó el nombramiento al general don Ángel de Peredo, mientras el Rey no dispusiera otra cosa, ya que en la corte se andaba buscando a un personaje maravilloso que pusiera fin a la guerra interminable de los araucanos.

La decisión pasó por varios nombres ilustres, pero unos se murieron, otros no aceptaron, hasta que finalmente designaron al general de artillería don Francisco Meneses y Brito, originario de nobles familias portuguesas,

conocido ya en España por el mote de «El Barrabás». Había servido en Milán, Flandes, Portugal y Cataluña, en numerosas batallas, pero siempre terminaba desobedeciendo a sus superiores, o batiéndose a duelo con alguno de sus compañeros, ocasiones en que demostraba la destreza escuderil de un espadachín de Castilla. Hombre aficionado a los perros y a los caballos, había adquirido gran reputación como excelente jinete y, más aún, como toreador de a caballo, actividad reservada entonces a los nobles. Muchas veces había terminado herido o procesado, pero siempre encontraba un alto protector que lo amparase de la justicia militar.

Entre éstos, se encontraba don Juan de Austria, uno de los más acreditados generales de España por sus constantes victorias. Hijo natural del Rey, era el jefe del partido que combatía al príncipe heredero. Tenía tal influencia en la corte, que nada le costó conseguir la gobernación de Chile para su protegido don Francisco de Meneses.

No obstante, la guerra de Arauco era para España la simple pacificación de un territorio rebelado. Como no era una guerra declarada, no se le consideraba «guerra viva», y el personal que combatía en ella carecía de los privilegios y honores de un ejército en campaña. Meneses, al participar en las acciones bélicas en Europa, estaba bajo los privilegios y goces de todos los ascensos y remuneraciones extraordinarias. A fin de no perder estas prerrogativas, consiguió a través de su protector que el Rey reconociera la guerra en Chile como «guerra viva», con todos los honores y privilegios de que gozaban los combatientes de España, Italia y Flandes.

Finalmente, partió de Cádiz con una compañía de trescientos soldados veteranos que él mismo escogió entre sus antiguos combatientes. Para qué decir los altercados que tuvo en el viaje con el almirante que venía al mando de la flotilla, al igual los incidentes que promovieron sus hombres, hasta que al fin, después de muchas alternativas, emprendió la marcha por tierra desde Buenos Aires hasta la ciudad del Mapocho, donde inició de inmediato sus peleas haciéndole un horrendo desacato al obispo, fray Diego de Humanzoro, que debía darle la bienvenida con agua bendita e incienso. El mandatario venía rodeado de una aureola de hombre galante, soltero y enamorado aunque cargaba ya cincuenta años. Pero las niñas de la sociedad santiaguina se desvivían por conocerlo, a pesar de su fama, pues lo que son pecados para los hombres son virtudes para las damas.

En ese tiempo los presidentes llegaban por la actual calle del Puente, que se alfombraba desde la esquina con Santo Domingo hasta la entrada de la Catedral, donde era recibido por las autoridades religiosas y civiles. A su vez, las familias más empingorotadas levantaban estrados a lo largo de esta cuadra para no perderse detalle del acontecimiento. Y mientras más importante era el personaje, más cerca de la Plaza se instalaba.

Normalmente los nuevos mandatarios se apeaban del caballo en la esquina anterior, al comienzo de la alfombra, para caminar sobre ella hasta el encuentro con las autoridades en la Plaza. Barrabás comenzó por no detener el caballo, que fue quien puso las herraduras sobre la alfombra, y continuó acercándose a la plaza. Mientras lo hacía, su mirada comenzó a hurgar entre la muchedumbre, en busca de las niñas más hermosas, hasta que su mirada quedó clavada, como una saeta, en la hija de don Francisco Bravo

de Saravia y Sotomayor, uno de los hombres más empingorotados de este apartado florón. La niña Catalina de Saravia, que recién salía de la pubertad, se puso roja como una grana, y luego lívida a punto de sufrir un desmayo.

Al llegar al estrado, don Francisco desmontó de un salto para los saludos de bienvenida, pero antes, se dio vuelta buscando el hermoso rostro que había encontrado, sintiendo que su aventurero y galante corazón, se había flechado intensamente por la joven más hermosa que había contemplado en su vida. Y se mantuvo tanto rato mirándola, que además de cometer con ello una falta de respeto a su padre, hizo que el obispo se sintiera despreciado, diera media vuelta y se metiera al templo.

En otra ocasión contaremos este desaire. Cabe sólo recordar que al no encontrar al obispo, se fue a la iglesia de Santo Domingo, de donde salió profiriendo los más soeces y procaces epítetos que nunca nadie antes había escuchado contra la primera autoridad espiritual del Reino.

Luego, nuevamente trepado en el estrado, en vez de prestar su atención a los altos funcionarios que habían debido caminar a pie detrás de su caballo en la esquina de la recepción, comenzó a buscar de nuevo entre la multitud, hasta que sus ojos encontraron la faz angelical de la niña Catalina y, al no quitarle la vista de encima, toda la concurrencia comenzó a mirar para donde él miraba, siendo la jovencita el punto de convergencia de todos los ojos. El general Francisco Bravo de Saravia se puso rojo por la falta de prudencia y respeto del recién llegado gobernador, y estando a punto de decirle algunas franquezas, fue detenido por su cuñado Fray Pedro de Henestroza, que estaba sentado a su lado. Finalmente, con airosa gallardía el galante mandatario hinchó el pecho, arqueó el brazo y con elegante movimiento se quitó el emplumado sombrero e hizo la reverencia más rendida y elegante de un cortesano, que dejó a todos los santiaguinos boquiabiertos, pues jamás habían visto algo tan elegante.

Todos los caballeros se quitaron los chambergos, inclinándose hacia el suelo, para responder a tamaña solemnidad. La única que no contestó el saludo fue la niña Catalina que se desmayó en los brazos de su madre, incapaz de resistir tanta emoción.

Luego el gobernador ingresó al Palacio, para que todos concurrieran a «besarle las manos». Apenas terminada esta ceremonia, llamó al capitán de su guardia, José de Noriega, para hablarle de la niña. Al verlo tan desasosegado, Noriega pensó que el ánimo de su amo se debía al altercado con el obispo, mas Barrabás le detuvo y le confidenció que le había impresionado vivamente la niña Catalina, hija de uno de los más copetudos señores de la capital. Por último, le encargó que fuera a la casa del señor Bravo de Saravia, para presentarle sus respetos y anunciarle la visita que le haría al día siguiente. Noriega, que le conocía bien, selló sus labios y salió haciendo sonar sus espuelas sobre el enladrillado del Palacio.

Alrededor de las diez de la mañana del día siguiente, se organizó un lujoso cortejo en la acera norte de la Plaza. Adelante, dos trompetas que rompieron en marcial clarinada para dar inicio a la caravana. Más atrás, seis alabarderos de coraza, luego numerosos señores montados en caballos cubiertos por elegantes gualdrapas, seguidos por el Alférez Real que esta

vez llevaba el pendón de Meneses en un alabarda ricamente aderezada. Seguía a continuación la calesa del gobernador tirada por tres parejas de mulas blancas con penachos rojos, que sacudían sin cesar sus pretales tapujados de campanillas. En el coche iba sentado don Francisco de Meneses con la mano sarmentosa aferrada a los gabilanes del espadín, y luciendo un traje de granada recamado de oro, sobre el que destacaba el albo del hábito de Santiago con su cruz roja a la altura del corazón.

A ambos lados de la carroza marchaban con señorial empaque diez lacayos llevando los escudos nobiliarios con las armas de los Meneses, que publicaban a los cuatro vientos los linajes del personaje. Atrás de la calesa caminaba el mayordomo del presidente y luego una compañía española de jinetes-lanzas con el capitán Noriega a la cabeza.

Tal boato, desplegado en la primera visita que hacía el nuevo gobernante a la casa de un elevado personaje, causó gran revuelo entre todos los moradores que se agolparon en la Plaza, y luego siguieron su marcha por la calle del Rey (Estado), donde el alma engolillada de la vieja España palpitaba en esa hilera de tapias blanqueadas a la cal. La comitiva se detuvo al llegar a la Cañada, en cuya esquina se alzaba la casona señorial de don Francisco Bravo de Saravia, que le esperaba en el zaguán, acompañado por toda su parentela alineada hasta la «cuadra», a lo largo del primer patio, donde la visión morisca recobraba expresiva luz sobre los naranjos y toronjos que manchaban con un verde sombrío los largos corredores. Allí se encontraban don Juan Rodulfo Lisperguer y Solórzano, don Pedro Prado de la Canal, don Gaspar de Ahumada, don Pedro de Torres, don Blas de los Reyes, don Manuel Muñoz de Cuéllar, don Ignacio de la Carrera y demás invitados.

Al bajar de la carroza, don Francisco le estiró la mano, y el presidente le echó los brazos de acuerdo al protocolo. Luego de numerosas dadas de mano, ingresaron a la «cuadra» sobre cuyo estrado se hallaba la señora de la casa, doña Marcela de Henestroza, y la niña Catalina que temblaba con el ansia angélica y perturbadora de su emoción.

Sí, de emoción porque ella también había quedado hechizada por la mirada penetrante de este hombre gallardo, ágil, elegante, airoso, rodeado por una nube de hablillas que lo hacían más atrayente. Desde que le vio apearse de un salto en la Plaza con la maestría de un atleta, le llamó la atención su figura de modales cortesanos. Era todo un caballero hijodalgo, de sangre y naturaleza, de casa infanzona y solariega, pendón y caldera. Además su mirada, que la penetró hasta sus más recónditos pensamientos de niña, había conseguido perturbar su imaginativo cerebro.

Ahora, en su casa junto a su madre, observó que el elegante personaje se inclinaba profundamente para besar la mano de su madre. Mas, cuando luego se dirigió a ella, el hombre dobló una rodilla y se hincó en tierra para coger su mano y besarla, reteniéndola más allá de lo acostumbrado junto a la boca. Esto colmó la admiración de la joven, quien nunca había sido tratada así.

No pasó mucho tiempo sin que la gente comenzara a hablar de él. Los de más copete, por su familiaridad con la gente humilde; otros, porque asistía a cuanta fiesta le convidaban, donde bailaba y zapateaba con las muchachas como si tuviera veinticinco años.

A poco de llegar se procuró perros y caballos que eran su principal

afición, al igual que las toreaduras que se realizaban en la Plaza de Armas. Según cuenta don Francisco de Pineda y Bascañán, en una de esas ocasiones un toro arrancó del lugar y Meneses «dando voces, dio tras él con pretal de cascabeles, corriendo por las calles entre los vaqueros con desjarretaderas, y algunos lisonjeros que le siguieron corriendo por las calles hasta el río, siguiendo el toro. Y ese día, queriendo hacer un lance a un toro que traía una soga arrastrando, lo tuvo tan descompuesto fuera de la silla y los brazos sobre el cuello del animal, que a no ser tan manso, que después de mal herido no hizo movimiento alguno, lo postra por los suelos y pudiera sucederle algún mal caso, acciones todas que han causado grande risa, dando a entender muy poco juicio sin maduro acuerdo».

Y mientras se mantenía como un calavera y despreocupado, su corazón no conseguía la paz que había turbado la hermosura de esa jovencita que se llamaba Catalina. Se había apasionado de ella con toda su infanzona arrogancia. Desesperado, buscaba todos los medios para llegar hasta ella. Un día llamó al capitán de su guardia, José de Noriega, quien, al verlo tan desasosegado, pensó que el ánimo de su amo se debía a alguno de sus muchos altercados. Mas Barrabás le detuvo y le confidenció que se había enamorado como un chaval de la niña Catalina, agregando que no había encontrado el medio para tomar contacto con ella. El capitán, que lo conocía bien, le pidió que dejara eso en sus manos. Él hallaría la forma. Noriega, que le venía acompañando desde hacía tiempo, era hombre experto en ardides y pronto descubrió que la joven tenía como chaperona a una negra vieja y gorda que habitualmente iba a hacer compras de alimentos a la calle de la Nevería. No le costó nada hacerse el encontradizo y dejar que la mujer divisara abundantes monedas de oro en su mano. Cuando se percató de que había concitado su atención, le preguntó:

-¿Sabéis la forma en que una criada como vos puede hacerse de muchas de estas monedas?

-¡No me lo puedo imaginar, Su Merced! -respondió la negra poniendo los ojos redondos al contemplar el oro.

-Tienes bajo tu cuidado a la hermosa niña Catalina, ¿no es cierto?

-¡Y vaya que la cuido como un tesoro!

-Sé de un caballero que sería muy generoso contigo, si sólo le hicieras llegar una misiva.

-¿Sólo eso, señor? -preguntó, incrédula.

-Nada más, pero en absoluto secreto. Nadie debe imponerse. Es un caballero muy principal, que está tan profundamente enamorado de la niña, que sufre mucho. Creo que si accedes a llevarle la carta, te regalará cuatro de estas monedas.

-¿Cuatro...?, señor. Decidle que prepare el papel. Yo estaré mañana a esta hora aquí mismo.

De más está decir que la criada llevó varias de las más románticas cartas, en ambos sentidos, que establecieron una expedita comunicación. La niña, retrechera al comienzo por temor a ser descubierta, aceptó por fin responder impulsada por la impresión que un caballero tan distinguido y cortesano había producido en ella.

Tres meses después, Catalina permitió que don Francisco se acercara a la casa cuando estuviera oscuro, para hablarle a través de la reja de su

ventana.

Esa noche, dos negras sombras salieron del Palacio con el rebozo ocultándoles el rostro, y cruzaron la Plaza, ungida de la benéfica paz de antaño, mientras el sereno gritaba la hora, y luego caminaron por la calle del Rey hasta la esquina de la Cañada, junto a la cual corría un cequíon ancho y desparramado. Uno de ellos permaneció de guardia alcanzando a ver el portón del zaguán que daba para la calle del Rey, mientras el otro, caminando a todo el largo de la pared de adobes, se detuvo frente a una ventana y dio unos discretos golpecitos con los nudillos. Pocos momentos después, se entreabrieron las hojas de los postigos y don Francisco distinguió en la oscuridad la silueta de la niña Catalina.

Largo rato permanecieron diciéndose ternezas a través de la reja, hablando alternadamente entre murmullos, mientras los labios masculinos no dejaban de besar la mano candorosa de la niña. Tan abstraídos estaban en su amor, que no escucharon los avisos del fantasmón que había quedado en la esquina. Finalmente, preocupado por su jefe, el capitán Noriega, que era la sombra, le gritó que había salido gente de la casa, y que huyera mientras él los contenía. Pero eso era lo peor que le podían decir a Barrabás Meneses, y mientras la joven se escondía cerrando rápidamente la ventana, don Francisco enfrentó a los que venían desenvainando la espada.

-¡Alto, si queréis conservar la vida! -gritó Meneses.

-¡No os mováis, pícaros! -se escuchó la voz de don Francisco Bravo de Saravia que avanzaba seguido por dos guardias.

Ambos grupos se enfrentaron, haciendo chocar los aceros que relucieron a la escasa luz de la noche. El ruido de las toledanas se mantuvo unos instantes, hasta que se abrió el postigo de la ventana y se escuchó la voz lastimera de la niña que les gritó que se detuvieran.

Los combatientes bajaron las armas, estupefactos unos y avergonzados los otros.

El gobernador se disculpó de inmediato, aseverando que todo era producto de la fatalidad. En cambio el señor de Saravia, ultrajado, le espetó:

-¡No os vayáis, gobernador, debéis pagar la ofensa que habéis inferido a mi casa! ¡Defendéos! -y largó un par de golpes a su adversario.

Pero éste no podía responderle. Sólo atinó a decir:

-¡Don Francisco, jamás he intentado ofenderos! ¡Oídmeme por favor y quedaréis satisfecho!

-¡No existe satisfacción que me podáis dar, salvo casaros de inmediato con mi hija!

-¡Invitadme a entrar en vuestra casa! ¡Este no es el lugar para pedirnos perdón!

Al ingresar al zaguán, el capitán Noriega le tiró de la capa, advirtiéndole:

-¡Huyamos, he visto allá adentro al padre Henestroza! ¡Os casarán ahora mismo!

-¡Deja, mequetrefe, eso es el cielo para mí!

El señor de Saravia lo condujo a la sala donde tenía su escritorio. Allí estaba el padre Henestroza y se agregaron doña Marcela y la joven Catalina.

-¿Deseáis a doña Catalina de Saravia y Henestroza por esposa...? -preguntó el padre Henestroza, y después del sí de Meneses, continuó diciendo:- y

vos Catalina, ¿aceptáis por esposo a don Francisco de Meneses y Brito...?
Al poco rato, el cincuentón, mujeriego y galante gobernador de Chile,
estaba desposado con la más hermosa de las muchachas que podía encontrar
en el reino, y quizá en toda América. Mas, a una autoridad de su nivel le
estaba prohibido contraer matrimonio sin permiso del Rey, y menos con una
criolla, por lo que el buen padre Henestroza se encargó de extender la
partida a nombre de Francisco Brito y de Catalina de Zárate.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

